

**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

Los COMPAS VS. HACKERS

mr̄

1. «ATERRIZAJE» FORZOSO

-iPor fin en el aire! —exclamó Mike aliviado—. Los despegues me ponen muy nervioso.

—¡Zzzzzzzzz! —respondió Timba, que llevaba un rato esforzándose. Más o menos desde que subieron al avión.

—¿Desea tomar algo? —preguntó a Mike la azafata.

—Pues..., ya que lo dice... ¡Sí! ¿Pueden ser unos cacahuetes?

—Claro, aquí tiene.

—Toma, qué fácil.

—Estamos para servirle —respondió la azafata con una sonrisa antes de seguir su recorrido.

Mike no le prestó atención, entretenido como estaba en devorar los cacahuetes.

—¡Deliciosos, riquísimos! ¡Ñam, ñam, ñam!

La bolsa le duró apenas medio minuto. Poco para saciar el hambre descomunal de Mike.

—¡Azafata! ¡Azafata!

—¿Sí, señor?

—¡Quiero máááásss!

—Lo siento, ya no quedan cacahuetes.

—¿Y no podrían ser unos caramelos? ¡O chocolatinas!

Al oír estas palabras, la azafata cambió su sonrisa por un gesto de contrariedad.

—Me temo que eso no es posible.

—¿Cómo que no?

—Es que solo tenemos aperitivos sanos.

—¿Hay algo más sano que el chocolate?

—Fíjese bien —respondió la azafata señalando el logotipo de Bro&Koli en el respaldo de los asientos—. Esta compañía aérea pertenece a los hermanos Koliflower. Y ya conoce su lema.

—Qué va. Lo que tengo es hambre —protestó Mike.

—Si comes verduraa —canturreó la azafata—, llegarás a edad maduraa.

—¡Pero yo tengo hambre ahora!

—Tengo unos snacks de remolacha que están de muerte.

—¡Puaf! Digo... Vale, venga. —Mike abrió la bolsa y engulló el curioso aperitivo de un solo bocado—. Buagh... No están tan mal. Por cierto, señorita azafata...

—¿Sí?

—¿No estaba usted hace un rato en el puesto de información del aeropuerto?

—Je, je —rio nerviosamente—. Nada de eso. Es que con el uniforme nos parecemos mucho.

—Será eso, aunque...

—¿Quiere un aperitivo colisnack?

—¿Lo qué?

—Es una deliciosa mezcla de coliflor y zanahoria.

—¡Aaagghhh! Sí, démelo.

—Madre mía, aquí no hay quien duerma —protestó Timba mientras la azafata se alejaba—. Un poco de silencio,



Mike: al masticar haces el mismo ruido que una trituradora neumática.

—Por fin despiertas. ¡Me sentía muy solo!

Eso es lo que quiso decir Mike, aunque, como tenía la boca llena, la cosa sonó así: «borbinesbierdasbesendíabuy-solo». Timba, que conocía bien el «idioma bocallena» de Mike, le entendió a la primera.

—No me extraña: ¿has visto qué poca gente viaja en este avión?

La verdad era que la clase turista estaba casi vacía. Solo en la parte delantera asomaba alguna cabezota sobre los respaldos.

—¡Bah, es temporada baja! —dijo Mike masticando al tiempo que se encogía de hombros.

—¿Qué es eso que comes?

—Aperitivos sanos. Resulta que el avión es de esos Koli-flower. Mira, tienen su logo por todas partes.

Timba no tardó en comprobar que era cierto. El curioso logotipo estaba en los respaldos, en el marco de las ventanillas, en la tapicería de los asientos... hasta en la revista de la compañía aérea, *Fly&Koli*, en cuya portada aparecían los famosos hermanos promocionando una dieta sana a base de vegetales.

—Madre mía, qué *pesaos* con las verduras —observó Timba.

—Pues a mí me gustan. Creo que me voy a hacer fan. «La coliflor es lo mejor».

—Le falta fuerza como lema.

—Puedo pensar otro —respondió Mike.

—Déjalo, que esto me ha recordado un chiste. Va un tío por la calle y, al pasar delante de una verdulería, ve un cartel

enorme en el que pone: «Verduras a montones. Elija la suya». Entra dentro y ve que solo hay montones de berenjenas. Le pregunta al vendedor: «Oiga, pero ¿qué es lo que se puede elegir, si solo hay berenjenas?». Y le responde: «Pues si quiere o no comprarlas».

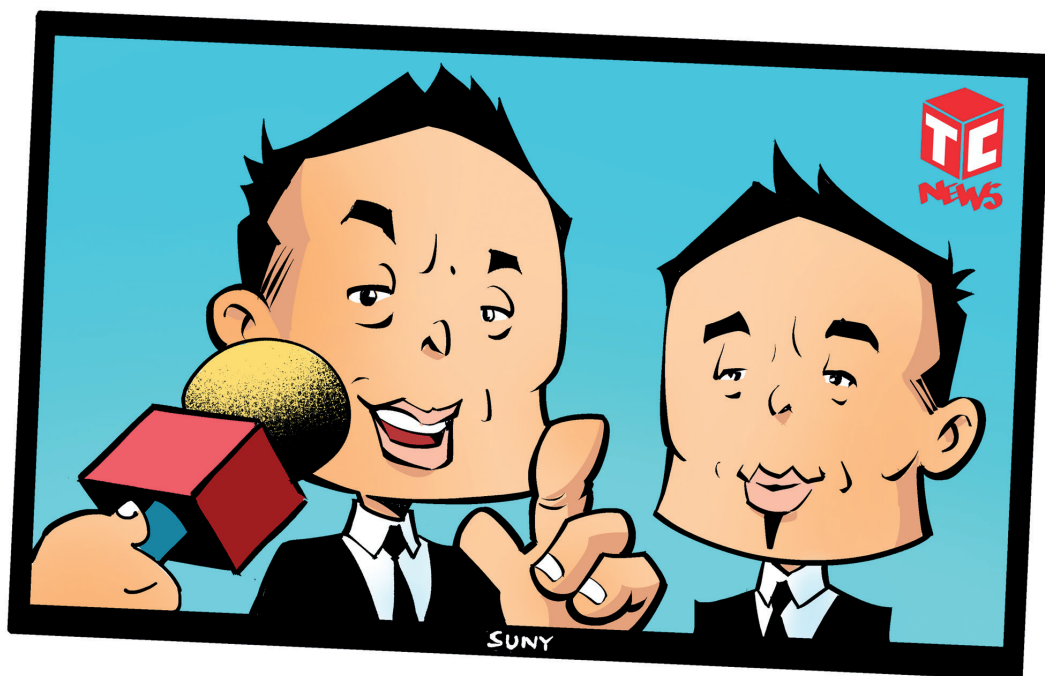
Mike se echó a reír. Tanto que se atragantó con un trozo de colisnack.

—¡ja, ja, qué bueno! ¡Cof!

Timba también se rio de su propio chiste, pero, de pronto, los dos pararon. Habían sentido algo en su interior. Volvieron la mirada a un lado y a otro, esperando la típica cara de Trolli de no haber pillado el chiste. Pero su amigo no estaba.

No tuvieron tiempo de sentir pena, sin embargo. En ese momento, en los monitores de televisión comenzaba un programa muy especial: los hermanos Koliflower, recién llegados a Ciudad Cubo, anunciaban la puesta en marcha de su plan de promoción vegetal a gran escala.





—Se trata de promover la comida sana —decía uno de los hermanos a los periodistas—. La gente, sobre todo los niños, está demasiado acostumbrada a comer porquerías.

—Eso digo yo —añadía el otro, que era idéntico a su hermano—. Caramelos, chokolatinas... ¡Puaf! Es veneno. Nuestros productos son la salud envasada y en estado puro.

—¡Y pronto todo el mundo no querrá comer otra cosa! —remataron los dos a la vez con una sonrisa de oreja a oreja.

Mike y Timba se miraron.

—Yo creo que exageran un poco —observó Timba—. No pasa nada por comer dulces de vez en cuando.

—Eso digo yo... Mmmm, chocolate. Qué hambre tengo.

—Y yo ganas de *esforzarme* otro rato. A ver si puedes masticar sin hacer tanto ruido.

—Vale, guardaré silencio. ¡¡¡Azafataaaaaa!!!

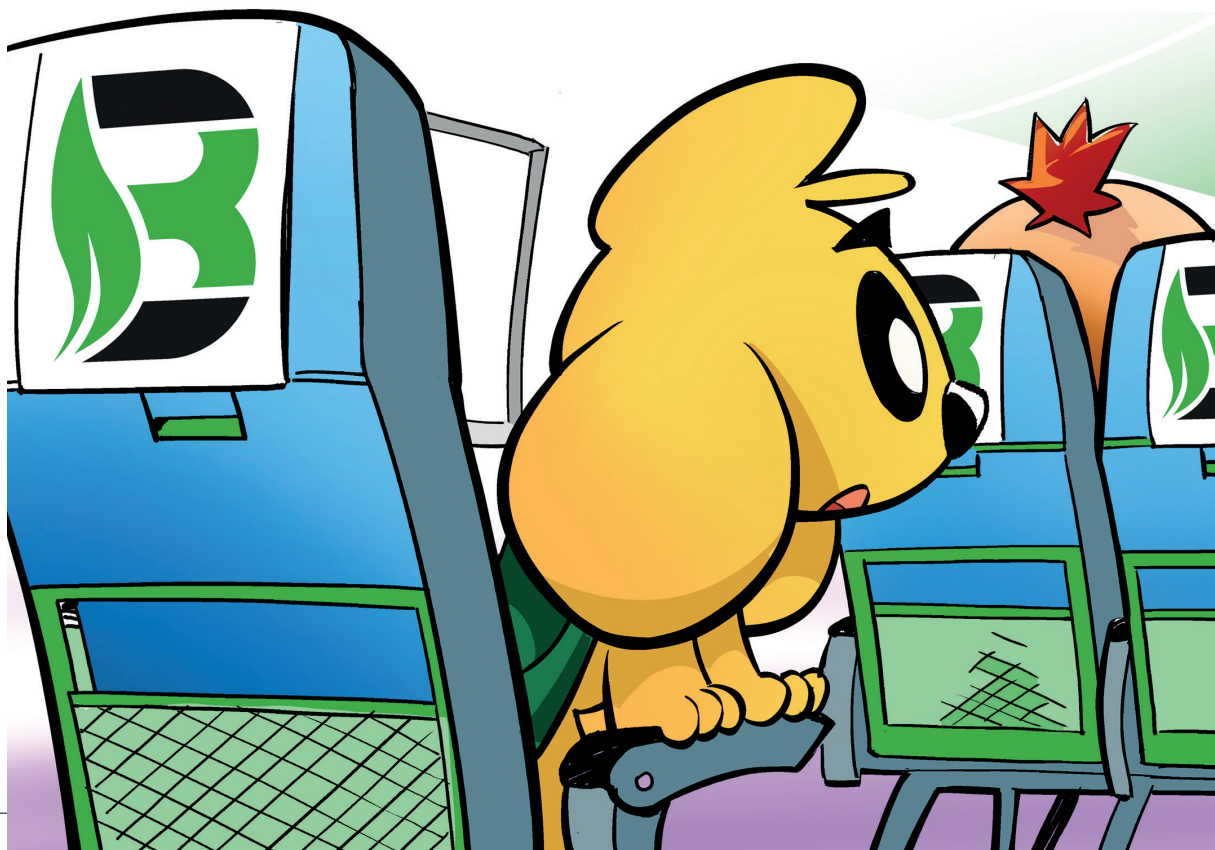
—Eres más pesado que mi prima la cojazzzzzz...

—¿Dónde se ha metido?

Mike echó un vistazo a un lado y a otro del largo corredor del avión. Nadie por atrás. Pero nadie. Estaba más vacío que la cabeza de Timba en ese mismo momento. Y por delante... el mismo par de cabezotas asomando sobre los respaldos. Aunque, mirándolo bien, una de ellas parecía caer hacia un lado en una posición extraña. ¿Se habría desnucado de sueño? Como no veía a la azafata por ninguna parte, Mike se soltó el cinturón, se levantó y se dispuso a buscarla. Quería más aperitivos, aunque fueran de berenjena con zanahoria.

—Qué raro que haya tan pocos viajeros para Tropicubo. ¡Si es un paraíso! —se decía Mike a sí mismo mientras avanzaba hacia la parte delantera del avión—. Y este tío, vaya postura... Señor, se va a romper usted el cuello durmiendo así.

Mike le pegó un toquecito en la calva al «durmiente». Como no respondía, le dio un poco más fuerte y, de pronto..., ¡la cabeza cayó rodando por el suelo!



—¡¡¡Aaaaay, que lo he asesinado!!! ¡¡Timbaaaa!!
—¡¡Ya vooooy!! —respondió. Y siguió durmiendo.
—¡Timba, despierta, que ha pasado algo terrible y espantoso, prácticamente una barbaridad! —gritó Mike, que había vuelto a toda pastilla para zarandear a su adormilado amigo.

—Vale, vale, ya estoy despierto. ¿Qué pasa?

—Mira...

Mike señaló el pasillo del avión, el cuerpo caído varios asientos más adelante, una cabeza en el suelo. Los típicos indicios de... Sí, de una barbaridad.

—Madre mía —exclamó Timba levantándose de un salto y corriendo hacia la escena del crimen.

Una vez allí, Timba se agachó y examinó la situación, preocupado por la suerte de su amigo Mike, que permanecía escondido tras su asiento temblando de miedo.



—Mike, me temo que has hecho algo terrible. Esta vez no te libras de pasar una temporada en Alcutrez.

—¡Oh, cielos! ¿Qué he hecho?

—¿Que qué has hecho? ¡Pues asesinar a un maniquí, so *atontao*!

Al decir esto, Timba levantó la cabeza del suelo y se la arrojó a Mike como si fuera una pelota. Obedeciendo a su instinto, Mike la agarró en el aire con los dientes y, ya de paso, le pegó un bocado.

—¡Puaf! Es verdad, puro plástico. Pero, entonces...

—¿Que por qué nuestro compañero de viaje es un maniquí, quieres preguntarme?

—Sí, eso.

—Pues no lo sé. Si quieres se lo preguntamos a alguno de los demás maniquíes. Los que viajan en primera.

En efecto, los pocos viajeros restantes eran también muñecos. Y ni rastro de la azafata o de cualquier otro miembro de la tripulación.

—¡Ay, madre! —se lamentó Mike—. Es un avión fantasma. En realidad, nosotros también estamos muertos, lo vi en una serie. Es muy triste. Aunque... Bueno, quizá al aterrizar nos reencontremos con Trolli en el más allá.

—Pero ¿qué más allá ni más acá? Estamos muy vivos, pero todo esto es muy raro. Me pregunto qué diablos... Mike, mira por la ventana.

Mike se aupó a uno de los asientos y echó un vistazo por la ventanilla más cercana.

—Qué paisaje más aburrido. Todo desierto. Me está dando una sed...

—A ver, cabezón, ¿no notas nada extraño? —preguntó Timba.

—El avión tiembla un poco. Serán turbulencias —respondió Mike.

—¡No, hombre! Si lo acabas de decir: el desierto. Se supone que vamos a Tropicubo. ¡Deberíamos sobrevolar el océano, no un desierto!

—¡Maldición, es cierto! Eso es que quieren pedir por nosotros un rescate bestial.

—Pero qué rescate, si estamos pelados. Ven, vamos a hablar con el piloto.

Timba, muy decidido, comenzó a avanzar hacia la cabina, cuya puerta estaba cerrada a cal y canto. Mike le seguía detrás un poco tembloroso. Pero no era por el miedo.

—¿No se mueve mucho esto? —preguntó.

—Sí... Bueno, supongo que es normaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa-
aaaaaaaaaaaaaal.

El avión, sin previo aviso, cayó en un pozo de aire que le hizo descender de golpe varios cientos de metros. Durante un par de segundos, los dos Compas flotaron en el aire, ingravidos, debido a la caída libre. Luego, cuando el aparato recuperó la estabilidad, se estamparon contra el suelo como dos sacos de patatas.

—¡Ay! —se quejó Timba.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada, seguro que es una cosa normal de los aviones, Mike.

Apenas pronunció Timba tan tranquilizadoras palabras, el avión cayó en otro pozo. Nuevo trompazo, pero esta vez todo se puso a moverse como si los hubieran metido dentro de una batidora.

—Aaaaa mí noooo meee pa-pareeece norma-maaaal —intentó decir Mike, pero la voz le temblaba debido a las sacudidas.



—Mi-miiiiira por la ve-ve-veentana: nos estamos mee-tieeeeendo en una to-tooormentaaaaa.

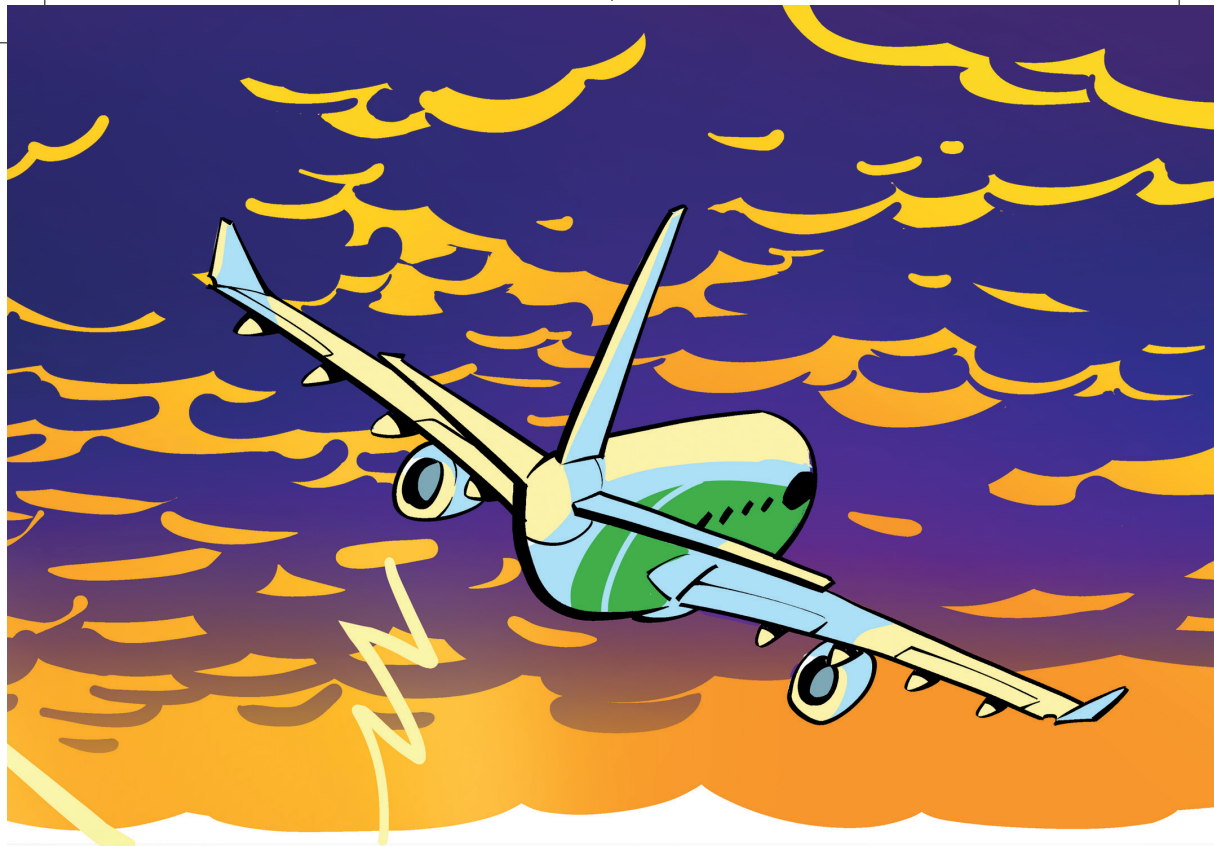
En efecto, el cielo, que hasta ese momento había sido azul azulón, se estaba poniendo oscuro a cada segundo que pasaba. Nubes enormes rodeaban el aparato por todas partes. No tardaron en observar el resplandor de docenas de rayos que amenazaban con golpear al avión y partirlo en pedazos.

—Estamos perdidos —tuvo que admitir Timba.

—De eso nada, vamos a pedir explicaciones a ese bacalao que se hace llamar piloto. ¡Y a la azafata desaparecida!

A Mike tanto saltito y golpetazo le había cambiado el miedo por enfado. Con una seguridad en sí mismo poco habitual, aporreó la puerta de la cabina:

—¿Hay alguien? ¡Vamos, abrid la puerta, bellacos!



—¿Y eso de bellacos?

—Lo oí en una peli. No sé qué significa, pero suena fatal

—contestó Mike.

—Vale, te echo una mano. Esto... ¡Dad la cara, malandrines!

—Eso sí que suena mal.

—Pues yo creo que era de la misma peli.

Si era de la misma película o no, nunca lo sabremos. Lo cierto era que nadie contestaba.

—Serán gallinas... —observó Mike—. ¡Abrid la puerta!

—Eso. ¡Si os estamos oyendo respirar!

—Si no abris, echamos la puerta abajo.

—O ponemos una reclamación cuando lleguemos al aeropuerto. Eso ya como vosotros veáis —remató Timba las amenazas de su compañero.



No hubo respuesta. Por unos segundos, reinó el silencio... Bueno, a ver, silencio, lo que se dice silencio, no, porque había un jaleo endemoniado: los motores, el viento, los rayos..., pero, vamos, que los de la cabina se lo pensaron antes de contestar. Y cuando lo hicieron, Timba y Mike casi habrían preferido que no les dijeran nada:

—Señores pasajeros, les habla el capitán.

—Ah, mira, ya da la cara el muy sinvergüenza.

—Nos hemos adentrado en un temporal muy violento —siguió hablando el piloto—. La electricidad estática ha afectado al rendimiento de los motores. Perdemos altura a un ritmo de ocho punto cero.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Mike.

—Quiere decir, señores pasajeros, que nos la vamos a pegar —respondió la voz—. Hagan uso, por favor, de los paracaídas situados debajo de sus asientos. Esperamos que el vuelo con nosotros haya sido de su agrado. Hasta pronto.

—¿Hasta pronto? —le respondió Timba furioso—. La próxima vez iré a Tropicubo nadando.

—¿Paracaídas? —dijo entonces Mike, más consciente de la gravedad de la situación—. Madre mía, vamos a morir.

—Recordamos a los señores pasajeros que, en caso de no utilizar correctamente los paracaídas, la compañía se reserva el derecho de no pagar indemnizaciones.

—¿Correctamente? —preguntó Timba—. ¡Si ni siquiera sé cómo se usan incorrectamente!

—¡Corre! No debe de ser tan difícil.

—Maldición, mira cómo se acerca el suelo. Nos vamos a estampar, nos vamos a quedar más planos que un sello.

—¡Ayúdame! —pidió Mike—. Esta cosa debe de ir por aquí y esta por allá...

—Yo creo que te lo has puesto al revés. ¡Pero no te comas la anilla, que es para sacar el paracaídas!

—Ah, creí que era una rosquilla.

Estaba claro que los Compas no se iban a ganar la vida como paracaidistas. Si Mike intentaba colocarse la mochila al revés, Timba no le iba a la zaga y se la ponía como si fuera un sombrero.

—Atención, señores viajeros —anunció de nuevo la voz del piloto, que sonaba cada vez más metálica, casi como la de un robot—. Procedimiento de urgencia. Vamos a abrir las compuertas del aparato.

—¡Espera, no! Que aún no nos hemos puesto los...

Demasiado tarde: las compuertas del avión se abrieron de golpe, desatando un vendaval en el interior debido a la diferencia de presiones. Una feroz corriente de aire hizo volar todo lo que había en la cabina de pasajeros: papeles, cojines, revistas... También a Timba y a Mike, agarrados ambos a un mismo paracaídas (el que ya no tenía anilla), uno con las manos y otro con los dientes.

La succión era potentísima. La cabina quedó en un segundo más limpia que la cubierta de un barco hundido. Timba trató de aferrarse a un asiento, pero no pudo resistir la fuerza del aire.

—¡¡¡Aaaaaaggggghhhhh!!! —gritaron los dos amigos en el preciso momento en el que salieron despedidos al exterior.

El panorama era aterrador: el avión los dejó atrás en un instante mientras ellos caían con la velocidad típica de un trozo de plomo. El paracaídas cerrado era lo único que los mantenía unidos. Mike lo mordía con tanta fuerza que parecía que en cualquier momento le iba a arrancar un trozo.



Timba, por su parte, se sujetaba a las correas con una mano mientras con la otra aleteaba como un pájaro en un intento de mantenerse en vuelo. No servía para nada, claro, y el suelo se acercaba más y más.

—¡amof a modiiiiidd! —exclamó Mike aferrado con los dientes al paracaídas.

Timba estaba de acuerdo y pensó que, para morir así, más le habría valido seguir durmiendo. Al menos no se habría enterado del desastre. Entonces, en ese preciso instante de desesperación, recordó algo que había visto en las películas: sí, era cierto que sin anilla el paracaídas principal no valía para nada, ¡pero había uno de emergencia! Mientras daban vueltas en el aire como locos, Timba tanteó con la mano libre por toda la mochila hasta dar con lo que buscaba:

—¡Agárrate a tope, Mike! —exclamó tirando con todas sus fuerzas del disparador del paracaídas de emergencia.

—¿Gue me agague a gué?

Se oyó un «plop», luego salió un paquete de tela que les pegó a ambos en las narices y, de repente, un fortísimo tirón al desplegarse la «sombriilla». Por un momento, Mike pensó que se quedaba sin mandíbulas. Y Timba creyó que se le iban a desprender los brazos. Pero no, no pasó nada de eso: el paracaídas de emergencia se abrió sin más problemas y, apenas un par de minutos después, los dos amigos tomaban tierra con bastante suavidad.

Entendámonos: «suavidad», aquí, es una manera de decir que no se hicieron papilla contra el suelo como estaba previsto. A fin de cuentas, eran dos ocupantes en un paracaídas pensado para una sola persona y ni siquiera iban sujetos de forma correcta. Pero, dadas las circunstancias, aterrizaron bastante bien.





Sobre un cactus, en concreto. La tela se enganchó en la parte alta de la plantita, un saguaro, uno de esos cactus enormes que crecen en los desiertos del norte de México, Arizona y lugares así. Mike y Timba se dieron de bruces con el tronco principal y luego resbalaron hasta el suelo llevándose con ellos unas cuantas agujas del cactus.

Pero, aparte de los pinchazos... ¡estaban vivos!

—No me lo puedo creer, Mike —dijo Timba.

Su amigo se entretenía intentando comerse las agujas del saguaro, pero no estaban muy buenas.

—¡Aggghh! ¡Cómo pinchan! —se quejó Mike.

—Sí, es verdad, pero... ¡Nos hemos salvado!

Eso era cierto. En el cielo, el avión se alejaba entre las oscuras nubes de la tormenta y, la verdad, no parecía que fuera a estrellarse. Timba y Mike, despreocupados del destino del aparato, echaron un vistazo a su alrededor.

Un enorme desierto, reseco y calcinado, se extendía en todas direcciones salvo en una: frente a ellos, rodeados de una alta alambrada, se levantaban varios edificios de aspecto abandonado. No se veía un alma, pero sí un cartel sujeto a la alambrada:

BIENVENIDOS AL ÁREA PUERRO 51
ZONA RESTRINGIDA
TIROTEAMOS A LOS INTRUSOS

—Pues qué bien.

—Sí. Estamos... salvadísimos.